Este libro no concluye; se interrumpe.

Lo que podemos observar de lo acontecido en estos dos siglos es un campo cruzado de liberaciones y de nuevas formas de servidumbre. Es una historia inmensa. Acaso, en lo personal, puede que me ocupe de una que otra temática, si mi salud me lo permitiera y las deidades infernales que tienen en sus manos las tijeras que pueden cortar la vida de los mortales en cualquier momento.

La lista de lo que dejamos de hacer en dos siglos no es corta.

No formamos en el siglo XIX una gran unión continental. Hoy es sólo un sueño una unidad política. O un piadoso tópico de retórica para diplomáticos. Al contrario, el tiempo como que ha afianzado las características de cada nación, al punto que uno de los problemas actuales pueden ser rivalidades mayores y hasta conflictos bélicos. No es una razón para abandonar las iniciativas de integración regional, aunque no de fusiones, Pero un cierto tipo de expansionismo regional y caribeño en nombre de pretextos ideológicos, es parte del aire del tiempo.

También cada día son más heterogéneas las economías latinoamericanas. En realidad, hay varias Américas Latinas. El progreso nos va separando.

La lista de lo que no se hizo es apabullante:

- Ni la revolución industrial. Ni la primera, en el siglo XIX, del carbón y vapor, y las redes de ferrocarriles.
- Ni la construcción del Estado-nación.
- Ni la del Estado de Derecho.

En la lista de lo logrado :

- Los esfuerzos de educación masiva.
- El repliegue de los militarismos.
- La desaparición de las viejas autocracias.
- El aumento de los ciudadanos.

En lo que queda por hacer:

- La educación masiva y de calidad.
- Llegar a erradicar la miseria social, a la que llamamos, por eufemismo, «extrema pobreza».
- El ingreso al mundo de la ciencia y la tecnología avanzada.
- Ver el mundo tal como es.

Sobre este último punto, dos palabras. Nuestra apreciación de la realidad —peruana, continental y mundial— está demasiado dominada por fantasmas. Somos víctimas de nuestras propias representaciones. El espíritu crítico no ha penetrado en nuestras costumbres. Somos contradictorios, a la vez estamos en la protesta y en el conformismo. Las preocupaciones inmediatas nos ocupan. La tentación antipolítica es muy fuerte, es una forma a la vez de agresividad y de frustración. La palabra se ha vuelto ampulosa, sirve para mostrar que se tiene estudios y no para decir las cosas con llaneza. Se piensa que el poder es

un placer. Las convicciones son simples, lo que son complicados son las relaciones humanas. No nos gusta mucho nuestra historia porque tendemos a olvidar lo que nos da vergüenza.

En suma, celebrar el Bicentenario no es acaso el concepto adecuado. No hay muchos logros económicos y sociales en las sociedades de este continente. Ningún país, ni el más avanzado o rico (con mayor PIB), México, Argentina o Brasil, ha entrado de pleno a la sociedad industrial y aun menos a la postindustrial. Brasil es el que más se acerca a ser una «economía emergente », pero de lejos tras de las naciones asiáticas, por el instante. Somos en cambio, un conjunto de Estados democráticos y el militarismo se ha hecho discreto. Y los civiles contrariados en las urnas, han dejado de tocar las puertas de los cuarteles. Por otra parte, casi todos los movimientos que querían una revolución por las armas están de vuelta, y los exrevolucionarios entran al juego democrático. Con la excepción colombiana y peruana. Pero estamos lejos de haber creado nuevos ciudadanos. Nos falta mucho. Además, un asunto que me inquieta, y que me hace practicar un tanto la soledad: no es la ciencia la pasión central de los sudamericanos. Seguimos esperando que otros inventen las cosas y nos las vendan. Claro, esa revolución mental y científica (que India, China ni Japón necesitan, ya la han asimilado), significaría dejar de ver lo occidental como un enemigo. Cuando toco el tema, no falta alguno entre mis alumnos que me dice "¿Y la identidad?" Le respondo que al parecer no la pierden los sabios japoneses, los matemáticos hindúes, los chinos e islámicos. Se puede resolver ecuaciones llevando en la cabeza un turbante y practicando el budismo o el shintoismo. El tema de la identidad es casi un pretexto para no asumir los dolores del aprendizaje de la modernidad. La ciencia es de todos. Las culturas son particulares o específicas. Incluyendo la cultura suiza o la de los apasionados por el juego de ajedrez.

Hugo Neira
2010